

extremidad de la galería. Introdujo la llave en la cerradura que poco antes abriera; pero la puerta resistió también. Un temblor universal se apoderó de la doncella, y tuvo que apoyarse contra la pared para sostenerse.

— No podemos ir atrás ni adelante, prorumpió atemorizada sin saber de qué.

— Ya lo comprendo. Estamos presos en este fatal puente, dijo Jacobo quitándose la máscara con aire tranquilo y resuelto.

— ¡Madre de Dios! ¿Qué quiere decir esto?

— Que hemos pasado este puente una vez más de lo regular, querida amiga. El Consejo es harto avaro para gustar de estas visitas.

En esto se corrieron con estrépito los cerrojos de ambas puertas, y presentóse un oficial de la Inquisición armado y llevando unas esposas en la mano, á cuya vista arrojó Gelsomina un espantoso grito; mas Jacobo permaneció sosegado interin aherrojaban sus manos.

— A mí también, exclamó su amiga fuera de sí; yo soy la más culpable. Apriónadme á mí también, sepultadme en un calabozo; pero dejad libre al pobre Carlos.

— ¡Carlos! repitió el oficial con feroz sonrisa.

— ¿Es delito ir á visitar á un padre preso? El Consejo lo sabía; se lo ha permitido: solamente Carlos se ha equivocado en la hora.

— Muchacha, ¿sabes de quién hablas?

— Del mejor corazón, del hijo más cariñoso que se encuentra en Venecia. ¡Ah! si como yo le hubieseis visto llorar por los padecimientos de su viejo padre, si hubieseis presenciado las angustias y el dolor de un buen hijo, ciertamente que os compadecierais de él.

— Escucha, replicó el oficial levantando su mano para llamar su atención.

En esto sonó la trompeta debajo del puente de S. Marcos que estaba casi á nivel de sus pies, donde se publicó de nuevo el bando por el que se ofrecían trescientos cequíes por la captura del Bravo.

— Ese es un heraldo de la República

que pone á precio la cabeza de un monstruo que lleva un puñal homicida, exclamó Gelsomina que ponía entonces poco ó ningun cuidado en el pregon: tiene bien merecido su destino.

— Entonces ¿por qué te opones á ello?

— No os comprendo, respondió la doncella casi sin aliento.

— Aturdida, este hombre que aquí ves es el Jacobo Frontoni á quien pregonan.

Gelsomina no hubiera querido dar crédito á sus ojos; pero la expresion de angustia de los de Jacobo le reveló el horrible misterio, y cayó en tierra sin sentido. Los guardias sacaron de allí en el mismo instante al Bravo.